

Aradisiros fieles

En el último boletín oficial de la Diócesis publica nuestro Sr. Obispo una circular con motivo de la ASAMBLEA EUCARÍSTICA que se proyecta en la ciudad de Vitoria en la semana del 18 al 25 de Octubre. El Sr. Obispo no solamente aprueba esa iniciativa de la Junta Diocesana de Asambleas Eucarísticas sino que hace suya ya prestándole el máximo apoyo y dirigiéndola a los fieles de toda la Diócesis con el fin de pedir su colaboración moral y económica para que esa Asamblea resulte un grandioso homenaje a este Rey del amor oculto en el Sagrario, a este gran abandonado más digno que padre a nuestros homenajes. Se trata pues de celebrar una Asamblea eucarística que ha de servir para excitar el amor nuestro a la Eucaristía, se trata de rendir un homenaje público, solemne a Jesús Sacramentado, a este Rey de amor cuya presencia en la tierra es fuente de tantas bendiciones que nosotros, nuestros ojos materiales no los podrán descubrir, pero que los pueblos y las naciones, las almas las van recibiendo incensantemente.

Quienes quieran suarse a dicho Congreso y quienes quieran contribuir de una manera directa a su grandiosidad, a la magnificencia de ese homenaje a Cristo eucarístico, homenaje que se lo debe todos, absolutamente todos los fieles, deben inscribirse como socios congresistas, pudiéndolo hacer en una de las diversas categorías que hay de congresistas, categorías que tienen su cuota correspondiente desde las 100 pts., 50, 25 y 5, que es la más módica. Estas inscripciones las pueden hacer en la Sacristía o Casa Cural. Pero sabed que ~~no se trata~~ ~~trata~~ por medio de estos congresos eucarísticos no se trata de satisfacer a una necesidad de novedad que hasta en el campo religioso pudiera sentir el hombre, sino se trata de fomentar, avivar la devoción a este sacramento de la Eucaristía que ha sido el manantial más uberrimo de la vida cristiana, la devoción a este sacramento que se ha de traducir en la frecuencia de su recepción que es el medio más poderoso de preservación que poseemos, su recepción, que es en virtud de aquellas palabras imperativas de Cristo "tomad y comed... quien come mi sangre y bebiere de mi sangre tendrá vida" la condición indispensable, es más la causa principal de la vida de la gracia en los hombres.

Lo hemos olvidado. Leemos y oímos el Evangelio pero no lo entendemos o no lo queremos entender. Quien no come, muere, desfallece: es ley de la naturaleza que se impone lo mismo hoy que ayer. Pero es también ley que se impone, porque así lo ha querido Cristo, que quien no se alimenta de la Eucaristía, quien vive alejado de ella, quien no lo recibe con la frecuencia que requieren sus necesidades, frecuencia mayor en el que mayores necesidades tiene, muere también, muere al estado de gracia, no puede, no es capaz de resistir a las pasiones, no puede menos de dejarse cebar por ellas. "Tomad y comed" dice Cristo, pero no en tonos de una simple invitación que se puede rehusar sin consecuencias, sin sanción: es una orden, un imperativo a la que es preciso obedecer. Jesucristo como he dicho antes hace de la comida de su carne la ley de nuestra vida espiritual: ley confirmada por un juramento y sancionada por la pena de muerte. Entendedlo bien: el tomad y comed no son más que un corolario de estas otras tan solemnes y expresivas: en verdad en verdad os digo, si no coméis la carne del hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros... "el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el día novísimo". Dura es esta palabra se dijeron entonces los fariseos y hubo discípulos que le abandonaron: dura es esta doctrina dirán también hoy muchos hombres, pero esos hombres es preciso que recapaciten. No dice Cristo cuando hay que recibirle, ni con qué frecuencia. Deja que adivinemos en la misma naturaleza del Sacramento sus intenciones. El alimento corporal se toma cuando hay necesidad y en la medida que dicta la necesidad: el alimento espiritual de la comunión se ha de recibir de la misma forma y a este respecto de paso quiero advertir la deforcación de nuestra mentalidad cristiana. Hoy la comunión frecuente parece ser patrimonio de las almas buenas, de las almas al margen de muchos peligros, de muchas luchas... y en realidad quienes necesitan de ella son los hombres, las personas que vibran en el tráfico, los hombres que caen, los hombres que se sienten oprimidos por las pasiones. "Teneis necesidad de hombres que reciban la comunión por lo menos una vez al mes" decía recientemente en un discurso el Papa Pío XIII.

Nos sorprende aquella vitalidad del cristianismo a los tres siglos de vida silenciosa y oculta en las catacumbas. Sorprende aquel desordenado fervor cristiano a quien desconoce el organismo interno de la vida cristiana. Como pudo mantenerse entre aquellos tanto tiempo la llama de la fe tan ardiente, el amor tan intenso, como pudo esperarse en medio de aquella sociedad tan perversa y corrompida aquella pureza de costumbres cuyo exponente principal es aquella pléyade de vírgenes y de almas enteramente consagradas a Dios y al prójimo?

Aquello se debe a la Eucaristía, nos dirán todos los observadores cristianos, aquella vitalidad cristiana nace como de su propia fuente del fervor eucarístico de los primeros siglos; de aquellos siglos en los que la Iglesia no se había visto obligada a imponer la obligación de comulgar reduciéndolo a ciertas fiestas o delimitándolo a como lo hace hoy obligada por la trivialidad, por la indiferencia de los cristianos imponiendonos el cumplimiento pasual, sino que se comulgaba por la vida cristiana con tal frecuencia que en muchas partes todo el pueblo cristiano comulgaba diariamente y en otras por lo menos en la Eucaristía. En una ley de la vida cristiana la comunión: ley que se pone de manifiesto tanto en la historia de las almas como en la historia de la Iglesia. Existe una perfecta correlación entre la comunión frecuente y la vida espiritual del alma como existe también en la vida de la Iglesia. En la historia de la Iglesia las épocas más florecientes, más fecundas siempre han sido aquellas en que mayor ha sido el fervor eucarístico. Se ha dicho y con acierto que el cristianismo es una circulación del amor y se puede añadir sin salir de la verdad que es la Eucaristía el corazón que arroja a los diversos miembros y órganos ese elemento que necesitan para su conservación, para su sostenimiento, para su desarrollo.

Gracias ah Dios hoy se inaugura una nueva época de retorno a la vida eucarística, gracias a Dios hoy podemos confiar en el porvenir de la Iglesia y del cristianismo, en un próximo glorioso si es que este movimiento de retorno a la vida Eucarística que se trata de fomentar por esos Congresos Eucarísticos mundiales que en nuestros días se han celebrado, por esos otros congresos nacionales provinciales, parroquiales cada vez más frecuentes y numerosos. Y es que en realidad no se podrá poner remedio por ninguna consideración, por ningún medio a este desfrenado de costumbres, a este desbordamiento sensual que de nuevo va sepultando bajo su lava y matando todos los germines de espiritualidad y de elevación. Por consiguiente estos congresos y estas asambleas que aun por su aparato externo se prestan a llamar más la atención, estos congresos y asambleas se compaginan con las características de nuestros tiempos de actividad, dinamismo, movimiento, agrupación de fuerzas y así ellos resultan una arma adecuada a nuestros días y a las exigencias de nuestra sociedad para propagar las ideas, para imponer nuevas consignas a los pueblos cristianos respecto de la vida cristiana. Esta asamblea que por celebrarse en la capital de la Diócesis quiere el Sr. Obispo que revista especial grandiosidad, esta asamblea que por celebrarse en Vitoria tan próximo a nosotros nos incumbe de más cerca, revestirá esa magnificencia, esa esplendor si es que queremos y respondemos a este llamamiento con generosidad. De ahí, de la Eucaristía ha de brotar la paz, de ahí del Sagrario ha de venir a la sociedad el verdadero pacificador, de ahí del Sagrario hemos de sacar ese ardor de que carecen los cristianos de hoy por habernos alejado de él, esa pureza de costumbres que aun en pueblos cristianos brilla por su ausencia, esa firmeza de fé que en nuestros días de apatía e indiferencia religiosa es menester para animar a estos huesos dispersos, que no otra cosa que huesos dispersos somos los cristianos de hoy. Para ello dad vuestros nombres e inscribiros.

Antes de terminar tengo que haceros otra segunda advertencia. Como ya lo sabéis, según la tradición costumbre el domingo próximo tendrá lugar la peregrinación del pueblo de Mondragón al Santuario de Aranzazu. No es una excursión, no debe serlo. Es una peregrinación que el pueblo de Mondragón está obligado a hacerlo en virtud de un voto que nuestros antepasados hicieron en acción de gracias a una protección especial dispensada al pueblo de Mondragón en aquella ocasión por la Virgen Antisía librándole de un incendio que amenazaba al pueblo en las cenizas, liberación prodigiosa que ellos atribuyeron a la Virgen de Aranzazu a la que invocaron con tanto fervor. Si la devoción a la Eucaristía y la vida eucarística son imprescindibles para el robustecimiento de nuestra fé, para la reforma de las costumbres, no deja de ser tampoco una cosa singular la devoción a María que de ordinario es lo último que pierde una persona en su descenso, en su precipitación a la indiferencia. Mondragoneses que todavía conservais viva esa llama de devoción a María, no os contentéis con conservarla, antes bien avivadla, fomentadla... es más abraceos en ese fuego a todas las almas ese día que debe ser un día de explosión Mariana en nuestro pueblo.